

ECA

Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVIII

San Salvador, C. A., Mayo de 1963

Número 181

Un sistema que se desmorona

¿Queda algo de Marx en la Doctrina Comunista actual?

Sebastián Mantilla, S. J.

¿Queda algo de las puras doctrinas marxistas en los escritos actuales de los que pretenden honrarse con el nombre del "venerado" Maestro y repiten a diestra y siniestra que ellos son "marxistas" cien por cien?

¿No les está pasando lo mismo que a muchas sectas protestantes, las cuales, a pesar de decirse "Evangélicas" y hasta "Cristianas", llegan en la práctica a defender principios y normas de conducta totalmente opuestos a los de Cristo Nuestro Señor?

Creemos que sí. Más aún, es un hecho innegable que los actuales "científicos" del Comunismo se avergüenzan de lo que sobre muchos puntos doctrinales expresó, por desgracia para ellos, con mayor claridad de la que ordinario usaba en sus escritos el fundador del sistema filosófico-económico mas absurdo que se haya podido inventar.

Ni uno sola de las tesis más famosas de Carlos Marx se ha cumplido. Más bien se han producido fenómenos que las desacreditan y echan por tierra, y por esta razón se habla ahora de Marxismo-Leninismo, de Marxismo-Stalinismo, de Marxismo-Kruschismo y de Marxismo-Maotsetunismo. En el mundo de las prédicas comunistas actuales no queda más que el nombre del Fundador y algunos millones de retratos y estatuas del melenudo judío,

distribuidos convenientemente. En suma: fachada y propaganda. Nada más!

Pero como se necesita parecer "científico", tener una "mística" que atraiga a la juventud "pensante" y "superficial" moderna, para la cual siempre será de buen tono el "situarse" lo más a la "izquierda" que sea posible; como es necesario "epatar" en Congresos de Filosofía y en Asociaciones Científicas creadas por los sedicentes "marxistas" en favor de la "Democracia" y de la "Paz Mundial", hace falta conservar el mito a todo trance, echándole remiendos y petachos para que los incautos no puedan "descubrir" el hundimiento del sistema, no se den cuenta de que el barco hace demasiada agua y se va a pique y sigan en su estulticia creyendo a ojos ciegos en la pretendida "solidez granítica" de la Teoría Marxista.

¿Quien era Carlos Marx.

Carlos Marx, nacido en 1818 en Tréveris (Alemania) de una familia judía convertida al protestantismo, sufre en la Universidad durante sus estudios de Derecho, Historia y Filosofía, el influjo sobre todo del panteísmo de Hegel. Obligado por su agitación socialista y revolucionaria a emigrar a Francia, co-

noce en París en 1843 a Federico Engels, con el que inicia una colaboración que durará toda su vida. Expulsado, pasa a Bélgica para volver a su patria y entrar de nuevo en Francia, siempre perseguido por los gobiernos burgueses de aquella época. Por entonces (1848), redacta en unión con Engels su célebre "Manifiesto del Partido Comunista". El gobierno prusiano pide en 1849 la extradición de Marx y éste se establece en Londres, donde se pone en contacto con el industrialismo triunfante y funda en 1864 la primera Internacional Obrera. En 1867 publica el primer tomo de su obra más importante "El Capital" y muere en 1883, dejando enorme cantidad de escritos que ocuparán más de cincuenta tomos, todos ellos relativos a la evolución de las sociedades y en especial al tránsito del régimen capitalista al colectivista.

Principales teorías.

El sistema marxista toma su doctrina de otros sistemas precedentes. Así toma de Feuerbach su teoría del Materialismo, de Hegel su doctrina dialéctica, de Darwin su teoría de la evolución. Finalmente se asimila a su manera las principales tesis de los economistas liberales ingleses.

Dentro del materialismo marxista hay que distinguir un materialismo filosófico, un materialismo dialéctico y un materialismo histórico.

El materialismo filosófico afirma que todo cuanto existe o es materia o es algo por lo menos que depende de la materia. Niega por lo tanto la existencia de Dios, de la otra vida, del alma espiritual, etc. Todo esto lo considera como fruto de la fantasía y proyección del estado económico, sin que responda nada real y objetivo a tales conceptos.

El materialismo dialéctico asegura que la materia no se halla en reposo sino en continuo movimiento y en incansante evolución.

Dialéctica en sentido etimológico es el arte de discutir. En sentido filosófico es un método lógico para llegar al conocimiento de la verdad empleado por Platón, usando el movimiento mismo del pensamiento.

Hegel (que no era materialista, sino todo lo contrario, idealista) tiene un modo de razonar al cual él denominó dialéctico, en el que el progreso del pensamiento se realiza por posiciones y contraposiciones, por afirmaciones y negaciones de alguna realidad, o como dice Hegel por tesis y antítesis, de la que resulta luego una síntesis o sea un nuevo concepto.

Marx aplica este "movimiento continuo" del pensamiento a la materia. La materia no es estática sino dinámica, está en continuo desarrollo y evolución sin fin. Para que se de el progreso de la materia, débense verificar en ella posiciones, negaciones y contraposiciones, es decir darse en ella una pugna continua entre los diversos elementos que la integran.

Materialismo Histórico. La historia demuestra que esta lucha de la materia siempre ha existido. El orden económico es el que da origen a todos los otros hechos históricos. Por

tanto, las relaciones de producción son las que determinan todas las demás formas jurídicas, políticas, religiosas, morales, filosóficas, artísticas de la sociedad. Esta superestructura se funda en última instancia en la infraestructura formada por las fuerzas productivas y una superestructura, que se constituye por la literatura, el derecho, la religión, el arte, etc. La primera impone su ley a la segunda. Son las condiciones de la vida material las que establecen las instituciones sociales, políticas y religiosas y regulan las costumbres.

Mientras otras evolucionan y se modifican, la propiedad y el resto de las instituciones sociales continúan invariables. Esto hace que las condiciones de la producción vayan resultando incompatibles con las instituciones sociales y políticas, sobre todo con las leyes de la propiedad.

* * *

No pretendemos ni por un momento siquiera suponer que el materialismo de los actuales comunistas sea menos grosero que el de Marx. No se trata de creer que Marx y los epígonos del movimiento comunista no tienen nada en común. No! Pero esta comunidad de ideas materialistas no hace marxistas a los soviéticos o a los chinos. Se trata de una mera coincidencia en un terreno común, en el que el gran judío de Tréveris y los modernos teóricos del Partido coinciden de hecho.

Pero, prescindiendo del materialismo filosófico de Marx (que no es teoría propia ni inventada por él y en la que lo único nuevo que puede reclamar para sí Marx es el revuelto lamentable que hizo de postulados contrapuestos) las demás teorías "suyas" y que se refieren a problemas económico-sociales, envueltos en predicciones utópicas, todas ellas van siendo abandonadas a su triste suerte.

Así ocurre por ejemplo con su postulado sobre la lucha de clases.

Lucha de Clases.

Consecuencia de este desequilibrio es el fenómeno de la lucha de clases, cada vez más violenta. En cuanto una minoría llega a apoderarse de los elementos de producción, procura eximirse del trabajo productivo y vivir a costa del trabajo de los demás. "El molino a brazo de la sociedad con amo y esclavo; el molino de agua de la sociedad con siervo y soberano; el molino de vapor de la sociedad con capitalista industrial y asalariado".

La producción capitalista ha ocasionado el triunfo de la burguesía, propietaria de los medios de producción, sobre los proletarios a los que toca la ejecución del trabajo. Los primeros explotan a los segundos, los cuales deben añadir al trabajo requerido para asegurar su subsistencia un supertrabajo no pagado, que se destina a enriquecer a sus opresores.

Pero llegará un día en el que, desaparecida la clase capitalista, reinarán la libertad, la armonía, la prosperidad y la justicia para siempre y la paz, en una sociedad sin clases.

Ley de concentración industrial.

En efecto, el mismo capitalismo con sus inicuas leyes va convirtiendo en proletarios a la mayor parte de los mortales.

Las frecuentes crisis agudizan aún más el problema. La concentración de los medios de producción, la socialización del trabajo, la actitud y organización de las clases trabajadoras llegarán a tal punto que harán saltar en pedazos las cadenas con que unos **monopolizadores** del capital tendrán aherrojados a infinitos proletarios. Entonces vendrá la expropiación de los expropiados y se instaurará el régimen socialista.

Nueva sociedad comunista.

Esta es la parte que queda más imprecisa en toda la construcción marxista, por limitarse Marx a explicar científicamente el camino por donde marcha la evolución de las sociedades, sin intentar planear ciudades ideales que podrían ser consideradas como utópicas. Con todo, de sus escritos pueden concretarse los siguientes elementos de esta nueva sociedad comunista.

Después de la victoria, el orden social que se establezca tendrá estos caracteres:

1) No habrá diferencia de clases, sino todos serán trabajadores con igualdad perfecta de derechos y de deberes.

2) No habrá expropiación alguna de los mismos, porque nadie podrá arrancarles el producto de su propio trabajo.

3) Los medios de producción estarán en poder de la sociedad, la cual dirigirá la actividad económica de todos, según las necesidades comunes; y, deducido lo necesario para el bien común, amortizaciones y mejoras de la industria, todo lo demás se entregará libremente a los mismos obreros.

4) Esta distribución de los bienes se hará al principio según el trabajo de cada uno, pero pronto abundarán tanto los productos que se podrán repartir a cada uno todo cuanto requieran sus necesidades.

5) Reinará una perfecta democracia y entre todos se elegirán aquellos directores que se encarguen de organizar todas estas actividades.

6) Finalmente, habrá una perfecta libertad, igualdad y paz para todos.

Teoría del valor y plus-valía.

Marx deduce su teoría del valor-trabajo de la teoría clásica del valor formulada por Ricardo. La causa del valor de los bienes reside en el trabajo acumulado en ellos y la medida de ese mismo valor viene dada por la cantidad de trabajo necesaria para producirlos, cantidad señalada por las horas destinadas a su producción por un obrero de capacidad y diligencia medias (1).

(1) Véase sobre esta materia: MANTILLA, Sebastián, "Apuntes de capitalismo" Deusto, 1943, págs. 137 y ss.

Comienza distinguiendo entre el valor de uso y el valor de cambio. El primero consiste en la capacidad que tiene un objeto para satisfacer las necesidades humanas.

Prescindiendo de la definición del segundo, o sea del valor en cambio, se detiene en averiguar su medida, para llegar a la conclusión de que no hay más modo de medirlo que calculando la cantidad de trabajo socialmente necesario para la producción de dicho objeto.

¿Cómo llega a esta conclusión absurda? Llega a ella partiendo de un supuesto que es también falso, es a saber: que para que dos objetos cualesquiera se cambien entre sí, es preciso que posean un elemento común en igual cantidad con relación al cual pueda establecerse una igualdad que permita el cambio.

Cambiar dos objetos, nos dice, es afirmar que existe entre ambos objetos una relación de igualdad. Por ejemplo: si se cambia una tonelada de trigo contra 100 kilos de hierro debe poderse formular esta ecuación:

$$1 \text{ tonelada de trigo igual a } 100 \text{ kilos de hierro.}$$

¿De dónde procede esta identidad? Seguramente que no procede de la utilidad, puesto que esta utilidad, por el contrario, es diferente en cada mercancía y en dicha diferencia parece residir necesariamente la razón de ser del cambio. Ese "quid" común homogéneo para mercancías, que son sin embargo tan heterogéneas, es la cantidad de trabajo requerido para producir las. Por consiguiente el valor de cambio de un objeto se mide por la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

La medida de esta cantidad de trabajo, con la que Marx pretende determinar el valor en cambio, es un problema muy difícil. No ha hecho, por consiguiente, sino trasladar la dificultad en vez de resolverla.

Pero, prescindiendo de la eficacia de su demostración, veamos cómo aplica estas nociones del valor al trabajo, para llegar a la conclusión de la injusticia del salariado.

Considera al trabajo como una mercancía, o mejor dicho como un producto. Debe tener por consiguiente, sus correspondientes valores de uso y de cambio.

El valor de cambio del trabajo-mercancía debe medirse, según su tesis general acerca del valor en cambio, por la cantidad de trabajo necesaria para su producción; en este caso por la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producir cada día todo aquello (alimentos, habitación, vestido, etc.) que el obrero necesita para su subsistencia y que se supone es de seis horas.

El valor de uso del trabajo prestado por el obrero consiste en la utilidad que rinde a su poseedor. Si el obrero trabaja doce horas, por cada hora de trabajo produce una unidad de valor en cambio, o sea en conjunto las doce horas habrán producido doce unidades.

¿Por qué supone Carlos Marx que el trabajo humano es capaz de rendir doce unidades de valor en cambio, si no consume más

que seis de esas unidades? Marx responde que ésta es la cualidad maravillosa que posee el trabajo humano, de rendir más que lo que hace falta para su sostenimiento. La diferencia de seis horas es una plus-valía, la cual de derecho pertenece al obrero, como dueño de su fuerza de trabajo.

Y aquí es donde Marx encuentra la causa de la explotación. El patrono toma del obrero las doce unidades del trabajo y se contenta con entregarle a cambio un salario equivalente a esas seis unidades, las cuales por hipótesis, se requieren para su conservación. La diferencia entre lo que da y lo que recibe constituye el beneficio del capitalista. Y cuanto más prolongue la jornada de trabajo y menos horas se requieran como salario, mayor será su plus-valía.

Si se da en el salario una injusticia tan manifiesta, ¿cómo es que el obrero consienta en ese trato tan desigual? ¿No sería mejor conservar para sí esa fuerza de trabajo tan valiosa que multiplica tan fácilmente los valores?

Así debía de ser, pero la necesidad —según Marx— es la que le obliga a aceptar un convenio tan desventajoso para él. Como no posee instrumentos de trabajo, como necesita capitales para hacer producir su fuerza de trabajo, tiene necesariamente que ponerla a disposición de los capitalistas, los cuales, dueños de la situación, abusan de ella para sojuzgar al obrero y sacarle la mayor plus-valía posible.

Consecuencias.

Sólo la propiedad privada de los medios de producción es la que ha podido hacer posible esta odiosa tiranía.

El remedio es claro: la supresión del capital privado, mediante una revolución social que se producirá infaliblemente.

No hay por qué preocuparse demasiado por hacerla estallar, pues vendrá arrastrada por la evolución económica.

En efecto: la competencia entre los capitalistas dará la victoria a los más fuertes. Los instrumentos de producción y de explotación se concentrarán en menos burgueses cada vez, mientras que el ejército de los proletarios aumentará sin cesar. Fácil será a éstos el día en que se cansen de soportar su yugo tiránico, expropiar a su vez a esos pocos hombres riquísimos y confiar a la sociedad el cuidado de organizar la vida económica de manera más justa.

Crítica de la teoría marxista de la plusvalía.

No es esta la ocasión de extendernos en comentar el **materialismo filosófico**, ya ampliamente refutado en los tratados de Filosofía, donde se prueba que existen realidades que ni son materiales ni dependen de la materia intrínsecamente, como son el alma humana, Dios, etc.

El **materialismo dialéctico** es falso en cuanto niega toda intervención de Dios, tanto en la

creación cuanto en la evolución de la materia. Si tan solo nos fijamos en su explicación acerca del progreso y evolución de esta materia por sus esenciales energías intrínsecas, puede considerarse a lo sumo como una hipótesis más que pretende explicar la constitución intrínseca de la materia. En este sentido toca a los hombres de ciencia examinar la verdad o falsedad de sus afirmaciones.

En cuanto al **materialismo histórico** lo consideramos falso porque no sirve para explicar (como él pretende) muchos hechos históricos como son la aparición del cristianismo o del islamismo, de la revolución francesa o de las guerras de religión. Los elementos que ejercen mayor influjo en el hombre no son de tipo económico, sino de otro carácter. Así ocurre con la fe religiosa, el amor a la patria, el amor a la propia independencia, la ambición, la vanidad, las ideas políticas, las costumbres, etc.

Además, nadie ha negado nunca la **parte de verdad** que tiene esta teoría y que concede la importancia que tiene a todo el elemento material, los medios de subsistencia, para cualquier labor de civilización, e incluso para el desarrollo de la vida del espíritu. En esto nada nuevo nos enseña Marx. Pero el elemento material es sólo condición, no causa.

En cuanto a la **lucha de clases** ni ha existido siempre ni actualmente tiene ese carácter de lucha entre burgueses y proletarios, tal cual la describe Marx. En efecto, ha habido grandes períodos en la vida del mundo sin que se alterara la paz social. Las clases sociales de nuestros tiempos son muchas más que esas dos que supone Marx; son muy imprecisas en sus límites, con traspase continuo de elementos de una a otra y no siempre con intereses contrapuestos, ni en guerra continua como pretende Marx.

Por lo demás es maravilloso que un mundo que, según él, siempre ha estado dividido en dos bandos y siempre en lucha, desemboque en la desaparición de las clases y la paz definitiva. La experiencia rusa le desacredita de un modo especial en este punto.

Tampoco se ha cumplido la famosa **ley de concentración de capitales**, sino que cada vez vemos se van subdividiendo más y va mejorando en el mundo capitalista la condición económica de muchos proletarios.

Finalmente, basta recorrer los caracteres señalados al **nuevo orden social** para echar de ver con evidencia que es imposible su implantación, tal como Marx la propone.

Crítica del valor y la plusvalía

Por hoy vamos a fijarnos de un modo especial en este engendro marxista, presentado con todo el aparato pseudo-científico de que Marx gustaba tanto sazonar su indigesta prosa, y que es uno de los que más han contribuido a su descrédito.

Pugna en primer lugar con el modo de pensar de todos los hombres, incluidos los marxistas, los cuales aprecian en mucho los bienes útiles, aunque hayan costado poco o ningún trabajo, como la perla encontrada al acaso; y por el contrario en nada estiman un objeto menos perfecto, supongamos un reloj de marcha poco precisa, a pesar de que haya supuesto el esfuerzo de muchísimas horas de trabajo. Finalmente no distinguen entre el valor de dos trigos de igual naturaleza, aunque el uno se haya obtenido en una tierra muy fértil y con menos trabajo que el segundo.

Es un error craso suponer que entre los bienes que se cambian deba existir alguna razón de identidad física. Precisamente el móvil que induce a verificar el cambio reside de ordinario en su total relativa diversidad. Si las cualidades y las utilidades que yo aprecio en ambos objetos son idénticos, no verificaré nunca el cambio de uno por otro. Así no se cambia un instrumento por otro idéntico o un kilo de trigo de mi saco por un kilo de trigo del saco del vecino.

Marx llevado de su empeño por encontrar esa base que permite el cambio, no para hasta encontrarla en el trabajo. Si yo cambio este objeto por aquel, es porque encuentro que el trabajo de producción o de reproducción de ambos es idéntico. Difícil hallar esta identidad para la mayor parte de los hombres, por no decir que es algo totalmente irrealizable.

La capacidad de cambio de un objeto se constituye principalmente por la aptitud que tiene para satisfacer nuestras necesidades. Esta aptitud va unida, evidentemente, a su abundancia o escasez y también a la dificultad de su reproducción.

El valor de cambio de un objeto cualquiera lo constituyen precisamente todos los demás objetos contra los cuales puede cambiarse.

Es, asimismo, una afirmación gratuita el poner precisamente en el trabajo el elemento de coincidencia de los objetos cambiables.

Aun admitiendo que el trabajo del obrero durante doce horas produce doce unidades de valor, ¿quién puede probar que sean seis o siete, o las que a cada uno se le ocurran, el número de horas necesarias para producir lo que el obrero consume en dicha jornada?

Es cierto, tomado en su conjunto, el fenómeno que señala Carlos Marx y que podemos enunciar diciendo que la actividad humana aumenta cada año el número de bienes útiles; hecho que se confirma por la cantidad anual de renta nacional que asciende de ordinario en épocas de paz en todos los estados a valores enormes. Pero ha de tenerse en cuenta que a la producción de tales bienes contribuye no menos que el esfuerzo de los trabajadores, tanto del músculo como del cerebro, las fuerzas naturales, así como el trabajo acumulado por generaciones anteriores en forma de instrumentos y máquinas que multiplican la producción.

Por ello, reconoce juiciosamente Carlos Marx que el obrero, aun convencido de esa explotación, se decide a aceptarla, faltar como está de los capitales que le son necesarios para producir con su trabajo esas numerosas unidades de valor.

No se evitaría esta situación suprimiendo, como quiere Marx, la propiedad privada de los instrumentos de producción. El nuevo propietario, sea el que sea, y llámese Comunidad o Estado, sería el nuevo tirano a cuyo favor continuaría sacrificando el obrero, según la tesis marxista, esa plus-valía creada por su trabajo.

Siguiendo el razonamiento marxista, los capitalistas deberían procurar sustituir las máquinas por obreros, que son los que les llenan sus bolsillos de plus-valía. Pero la experiencia dice que este es el mejor procedimiento de llevar un negocio a su quiebra. Y de ordinario las industrias más prósperas son las más mecanizadas. ¿Por qué será? Marx no tiene respuesta a esta pregunta.

Uida Sencilla

Eduardo Ritter Aislán (Poeta Panameño).

"Un día puro, alegre, libre quiero".

Fray Luis de León

Quiero sentir vibrar en cada hora
las cuerdas del amor empurpuradas
con púrpuras ardientes de alboradas
que un sol eterno resucita y dora.

Quiero el milagro de la paz que aflora
en la esencia de flores invioladas,
la voz de las esquillas apagadas
por el frescor naciente de la aurora.

Quiero también las simples armonías
que perfuman los surcos doloridos,
el éxtasis febril de una promesa,
el hirviente raudal de fantasías
que despunta en los prados florecidos
y la fe en Dios que el corazón profesa.